6º 53



SUPLEMENTO ESPECIAL

A 200 años del asalto a la Bastilla

LA CUNA DE LA REVOLUCION

RECLAMO MILITAR

Cáceres ya quiere premios

Página/5

Página/12

el país a diario

Buenos Aires, domingo 16 de julio de 1989

Año 3 - Nº 651 - Precio de este ejemplar: ₳ 200 Recargo vía aérea: ₳ 30.

PRECIOS MAXIMOS PARA 10 PRODUCTOS

Rapanelli aseguró que **no deben esperarse rebajas en los precios** y afirmó que aún restan algunos aumentos



LO PASADO, PISADO

Página/2/3

Alejandro Elías

12
La educación presidencial,
por ***Horacio Verbitsky***

20
Confesiones de un actor,
por ***Homero Alsina Thevenet***

FILMACION

El viernes todo era normal en la filmación de la coproducción argentino-norteamericana *Tango desnudo*, que entre otras cosas ocupó buena parte de la esquina de Callao y Rivadavia con una hilera de camiones con decorados y utilería. En el primer piso de la confitería Del Molino estaba todo listo para filmar la escena de un velatorio. La producción había conseguido el ataúd más lujoso de Lázaro Costa pero de pronto apareció un empleado de esa funeraria pidiendo la devolución del cajón. El debate detuvo la filmación que ya estaba organizada en torno de esa escena. Durante 20 minutos no llegaron a acuerdo alguno, hasta que se presentó un segundo empleado de la empresa para deshacer la discusión: desde la Casa de Gobierno se les había advertido que aun en este caso se respetarían las normas de austeridad que el propio Miguel Roig hubiera exigido en vida.

24
Fútbol, los que van a morir te saludan,
por ***Anthony Burgess***

INFORME

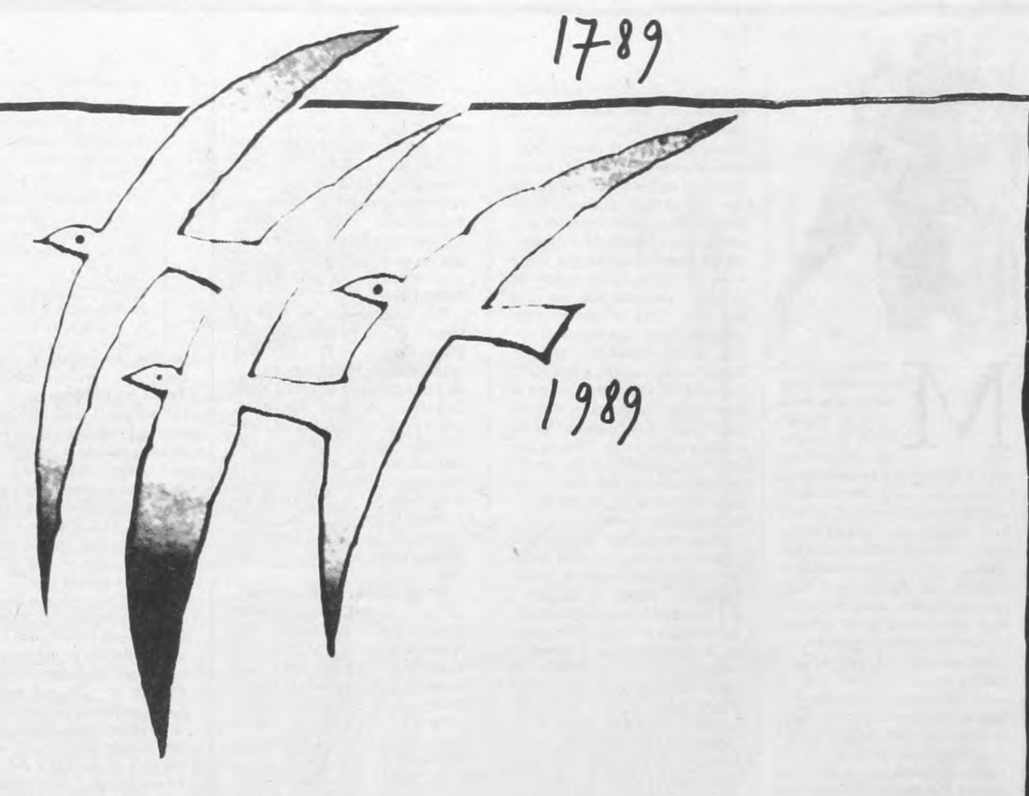
CUANTO CUESTA VIVIR

PORCA MISERIA

Página/7 a 11



La tragedia del 9 Termidor,
por ***Osvaldo Soriano***



Tres pájaros libres
atraviesan nuestros pensamientos.
Tres pájaros con los colores
del alba vuelan airosos
en el espacio.
Tres palabras con los colores
del tiempo permanecen unidas
por la eternidad.
Libertad, igualdad, fraternidad.
Memoria de la
Revolución Francesa.

F I L O N

SUPLEMENTO ESPECIAL

BICENTENARIO DE LA REVOLUCION FRANCESA

LA TRAGEDIA 9 TERMIDOR,

POR OSVALDO SORIANO,
enviado especial a París



Maximilien Robespierre yace sobre una mesa con la mandíbula destrozada por un balazo. La Revolución ha terminado, pero ese día —el 9 Termidor del año II—, nadie piensa en eso. Los infelices que rodean al Incorruptible son ordenanzas y soldados, cagatintas y guardias de la Convención: algunos se le acercan temblando; otros se burlan de él, pero se mantienen a distancia con las armas preparadas.

Hace un calor de infierno aunque ya empezó a llover y el peligro ha pasado: Maximilien apenas puede mover una mano en la que sostiene un pedazo de papel empapado en sangre. El fiel Le Bas se ha pegado un tiro en la cabeza. Couthon ha rodado de su silla de paralítico por una escalera del Hotel de Ville, donde los habían llevado arrestados al atardecer. Agustín, el Robespierre joven, sólo atinó a tirarse por la ventana cuando vio entrar a los guardias de Barras y está machucado en una celda.

La Revolución empezó en julio, cinco años antes y en otro julio, el de 1794, se interrumpe, aunque los actores ya no sean los mismos. Ese Robespierre agonizante, que va a cargar con las culpas de todos, era uno de los oscuros constituyentes de 1789, pero sólo Mirabeau había reparado en él: "Va a llegar lejos —había dicho—, porque cree en todo lo que dice".

Y lo que dice es un discurso de virtud imposible: Robespierre es un sacerdote de la austeridad que sobre el vértigo insurreccional va a hacer cabalgar una Revolución de dos siglos, aunque él vaya a morir al amanecer del día siguiente en el mismo lugar y en la misma guillotina por la que unos meses antes han pasado Danton, Desmoulins, Hebert y los otros.

Un soldado se acerca casi en puntas de pie a la mesa donde se desangra el diputado. "¿Este era el dictador?", pregunta con desprecio y luego se echa a reír. Es verdad, el caído no tiene aspecto de tirano temible. Está vestido con una chaqueta y un pañuelo de seda azul impecables. La peluca que acaba de perder en la agitación de ese último día estaba tan empolvada y cepillada como cuando llegó de su Arrás provinciana a la espléndida Versailles.

Ya no lo parece, porque es casi un cadáver, pero hasta hace un rato, "sus mejillas no muy llenas tienen un color floreciente, como conviene a la edad viril y alrededor de su boca hay una gracia que sólo se borra cuando sus labios se abren para expresar una indignación republicana", escribe un viajero alemán que lo ha visto de cerca. Una vecina de Arrás lo recuerda más joven e inocente: "Una cabeza bastante pequeña, pelo castaño, casi rubio, la cara redonda y la nariz corta; los ojos azules y lejanos". Según J. J. Dassault, que no le tiene ninguna simpatía, "mide cinco pies y dos pulgadas. Va erguido y camina con firmeza, casi con brusquedad". Al fin, un diputado anónimo dice haber visto en su mirada la fiereza del tigre y la cautela del ciervo.

Poco importa: ahora está "fuera de la ley" y ni él ni los otros jacobinos tendrán juicio. Fouquier-Tinville, el presidente del Tribunal Revolucionario, sólo tiene que cumplir el requisito de la identificación y luego lo entregará al verdugo Sanson. El terror termina para unos y empieza para otros. Miles de hombres y mujeres salen de los sótanos, de los armarios, de los bosques, de los escondites más impensados y van a festejar el fin del Gran Terror. Ya nada será como antes: otra es la manera de vestir, como si se festejara el alivio de no tener más compromiso que mirarse a sí mismo; los terroristas de ayer serán los moderados de mañana y hasta los pusilánimes se inventarán un pasado heroico. Los jóvenes elegantes salen a cazar *Sans culottes* y terminan la noche en el "baile de la guillotina". Los libros del Marqués de Sade, que ha salvado la vida *in extremis*, se ponen de moda en los salones aunque a cada rato el autor vuelva a la cárcel. Fouché dirá que nunca tuvo nada que ver con ninguna revolución y será comisario de la policía de Bonaparte. El pasado es una pesadilla culposa y lo mejor, en ese fin de siglo, es bailar, bailar.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Pero, ¿qué ha pasado ese día que será el más enigmático de la Revolución? ¿Por qué los aliados de Robespierre lo sacrifican y con él a la Revolución? Hay algo de misterioso en esa tragedia universal que los franceses se obstinan en olvidar en estos tiempos de Bicentenario termidoriano.

La mañana del 26 de julio Robespierre reaparece en la Asamblea luego de dos meses de melancolía, de encierro, de reflexión. Se lo ha visto muy poco desde la Fiesta del Ser Supremo, el 20 Prairial (8 de junio) en la que Robespierre consagró la "inmortalidad del alma" como respuesta a la Fiesta de la Razón y la Libertad que los ateos habían celebrado en noviembre en la catedral de Nôtre Dame.

Esa celebración ha sido su triunfo y también su primer error grave: ese día, en la inmensidad del Campo de Marte, ha caminado a una distancia de varios pasos delante de los otros diputados, como si quisiera mostrar su superioridad. No ha hablado de clemencia, sino de nuevos rigores. Sus adversarios han murmurado a sus espaldas pero él los ha escuchado y regresa al cuarto que ocupa en casa del carpintero Duplay lleno de desprecio y rencor.

Desde entonces permanece encerrado: escribe, lee, bromea en la mesa con las muchachas. Por momentos parece que prepara el golpe final, pero hay días en que lo ganan la melancolía y el aburrimiento. ¿Vale la pena seguir? ¿Tiene sentido gastar la vida en una epopeya contra *bribones* y *malvados* de toda calaña?

Sí, vale la pena. Por eso, el 8 Termidor sale de su cuarto de la Rue Saint Honoré (donde ahora hay un bar con su nombre y una oficina de la agencia inglesa Reuter) y va a pie hasta las Tullerías. A las siete de la mañana ya hace un calor de infierno y París apesta si se tiene en cuenta cómo huele dos siglos más tarde y lo que cuenta Patrick Suskind en *El Perfume*.

¿Ha sentido alguna vez la tentación de acercarse a la plaza de la guillotina, donde ayer, 7 Termidor, han ejecutado al poeta André Chenier? Seguro que no, porque nada le repugna más que la vulgaridad del populacho que aplaude cuando ruedan las cabezas ajenas.

Saint Just lo encuentra a la entrada de la sala. También él está ansioso por la súbita reaparición del jefe, aunque lo alarma que no le haya consultado el texto que lleva en el bolsillo. Un gendarme trae a Couthon sobre los hombros. Desde lo alto, el paralítico discute un decreto banal con dos diputados que añoran los tiempos de Danton. El gendarme lo deposita con infinito cuidado en la silla de ruedas y se queda a su lado, listo para llevarlo a la letrina cada vez que el otro se lo pida.

A las ocho, Robespierre sube los cinco escalones que llevan al estrado de los oradores y empieza a leer con esa voz monótona que tanto irrita a sus adversarios. A veces se quita los lentes y se lleva una mano al pecho porque habla de sí mismo: "¿Quién soy yo, el acusado? Un esclavo de la libertad, un mártir viviente de la República, la víctima y al mismo tiempo el enemigo del crimen. Todos los bribones me insultan: las acciones más indiferentes, más legítimas para otros son criminales cuando se me atribuyen a mí (...) Hace seis semanas que mi dictadura ha terminado y no ejerzo ninguna influencia sobre el gobierno. ¿El patriotismo ha sido más protegido en ese tiempo? ¿Las facciones se han calmado? ¿La patria es más feliz?"

El Incorruptible comprueba que no mientras los amigos de Danton y de Hebert, que han ido a la guillotina en marzo y abril, sospechan que la ausencia de Maximilien ha sido una maniobra para dejarlos a solas con sus miserias y pequeñeces. Desde el 10 de junio nadie duerme en su casa porque el decreto del Gran Terror permite la condena con sólo presentar "pruebas morales" y ninguna defensa es posible, sobre todo cuando hay tanto para reprocharse frente a la virtud empecinada de un solo hombre.

EL VICIO Y LA VIRTUD

"¿Mi vida? —se pregunta Robespierre en el fatídico discurso—. La abandonaría sin un lamento. Tengo la experiencia del pasado y veo el porvenir. ¿Qué hombre de la Patria desearía sobrevivir cuando no se permite servir y defender la inocencia oprimida? ¿Para qué asistir a un orden de cosas en el que la intriga triunfa siempre sobre la verdad, donde la justicia es una mentira, donde las pasiones más viles y los temores más ridículos ocupan en los corazones el lugar de los sagrados intereses de la humanidad? ¿Cómo soportar el suplicio de ver esta horrible sucesión de traidores que esconden su alma rencorosa bajo el velo de la virtud y de la amistad (...) Viendo la multitud de vicios que el torrente de la Revolución ha arrastrado junto a las virtudes cívicas, confieso que tengo miedo de quedar enlodado ante la posteridad por la vecindad impura de hombres perversos que se introducen entre los sinceros amigos de la humanidad."

Dos horas de discurso y Robespierre está al borde del abismo. Los diputados quieren los nombres de los traidores, de los impuros, de los perversos, aunque todos saben que son muy pocos los que están exentos de pecado. El Incorruptible se niega a nombrarlos porque quiere dejar planear la duda o simplemente porque está decidido a purificar o morir. Amenaza con "castigar a los traidores, depurar los comités aplastar a las facciones", pide que su discurso sea impreso y enviado a todos los departamentos de Francia.

Saint Just se desespera ante la osadía del jefe; Couthon trepa sobre el gendarme para apoyar el pedido de Maximilien. Los enemigos del Incorruptible le saltan al cuello. Cambon se anima y grita: "Es tiempo de decir toda la verdad: un solo hombre paraliza la voluntad de la Convención Nacional y ese hombre es Robespierre". Un diputado insignificante, Panis, muestra una lista de futuras víctimas del Incorruptible entre las que está su nombre. Challier, que se siente desfallecer, grita: "¡Diga quiénes son los acusados!". Thirion defiende a los comités (de Salud Pública y de Defensa), agredidos por Robespierre y arranca los primeros aplausos. Barère, que huele la victoria, agrega: "Si Robespierre hubiera asistido a las reuniones del comité se habría ahorrado su discurso".

El voto confirma la rebelión: el discurso será examinado por los comités. Mailhe, que está parado junto a Robespierre, jura que en el momento del voto lo oye murmurar "Estoy perdido", mientras se desploma en su asiento.

EL COMPLOT

A las cinco de la tarde sale de la Asamblea sin hablar con nadie. Couthon hace una seña a su gendarme para que lo levante y desde ahí arriba apostrofa a los traidores, pero nadie lo escucha porque todos hablan al mismo tiempo y Chiappe tiene que venir a exponer sobre su telégrafo. Robespierre cena con los Duplay y luego va de paseo a los Campos Elíseos con las hijas del matrimonio. Se ha cambiado de ropa. Es el único diputado que toma un baño todos los días y si no tiene mejor vestuario es porque la dieta apenas le alcanza para pagar su pensión. Cuando lo maten, tres días antes de cobrar el sueldo, Dulac, el gendarme de Barras, encontrará en su cuarto un puñado de miserables libras, justo de qué pagarse las velas que lo alumbran y el agua para la bañera.

La noche del 8 y la madrugada del 9 han sido escritas mil veces y desde todos los puntos de vista, pero siempre sobre la base del único informe del testigo Charles Duval (140 páginas engorrosas que recorren los tres días fatales). Puede que ya nada sea del todo cierto. Se sabe que Robespierre relee su discurso en el club de los jacobinos donde es aplaudido. Collot d'Herbois y Billaud-Varenne, los extremistas de ayer, son abucheados, expulsados, y alguien pide para ellos el oprobio y la guillotina. Los dos vuelven a la Convención rumiando el desaire. Robespierre, ovacionado por esos jóvenes que lo idolatran, no se engaña: "Este es mi testamento de muerte", dice y se retira.

Entre tanto, Saint Just escribe toda la noche en el gran salón de la Convención. Ni siquiera ha comido, pero sólo tiene 27 años, ha organizado ejércitos y cree que todavía tiene mucho tiempo por delante. Los otros conspiran en mesas alejadas, en salones cerrados con llave y en la penumbra de los parques. A todos les va la vida en la sesión de mañana. Collot d'Herbois y Billaud-Varenne entran y se topan con ese joven insolente al que detestan: "¿Qué estás escribiendo?", le pregunta Collot. "Un pedido de acusación contra ti", responde Saint Just, y enseguida, mirando a Carnot: "Y contra tí también". Cuando ter-



DEL AÑO II

mina sube a caballo y va a esperar el amanecer al Bois de Boulogne.

Entonces Fouché, Carnot, Barras, Tallien, Fréron, Legendre, Barère, Collot, Billaud y sus cómplices urden un plan con el que se juegan la vida: se trata de impedir que Robespierre y Saint Just tomen el control de la Asamblea. Hay, también, que arrestar a Hanriot, el comandante de la Comuna de París. Tallien irá a la Asamblea con un puñal escondido entre sus ropas mugrientas y luego lo contará como una hazaña en todos los salones literarios del París termidoriano.

Al mediodía del 9 (domingo 27 de julio), el cielo está cubierto, pero el calor es sofocante. El gendarme de Couthon ha pasado una noche agitada con el diputado sobre los hombros. Juntos han sorprendido a los conspiradores en plena noche y ahora el amigo de Robespierre va a denunciarlos.

Por fin, aparece Saint Just con un cuaderno en la mano. Collot d'Herbois preside y le da la palabra. "Yo no pertenezco a ninguna fracción y las combatiré a todas —empieza—. La confianza de los dos comités me honra, pero esta noche alguien ha lastimado mi corazón y quiero hablarles..."

Eso es todo. Tallien se levanta y grita que Saint Just no puede hablar en nombre del Comité de Salud Pública. "Pido que se diga toda la verdad", se desgañita y el ruido comienza en toda la sala. Robespierre, que intuye la maniobra, corre a la tribuna, pero no alcanza a subir: Billaud-Varenne lo empuja y desata un tumulto que va a durar cinco horas. Collot d'Herbois sacude la campanilla hasta que las manos se le acalambran. Lo que quiere es más ruido y más furia. "¡Abajo el tirano!", grita Fouché y otros lo siguen: "¡Abajo!"

LA CAIDA

Después de una noche febril en la que seguramente ha reposado su vida, Saint Just se queda helado y mudo para siempre, con los ojos fijos en ninguna parte. Su discurso se publicará recién un año después de su muerte. Los historiadores no sabrán dar explicación a ese silencio indiferente que guardará hasta la guillotina. Los testigos dicen que parece un enfermo, un autista. Robespierre intenta tomar la palabra, pero el tono de su voz es escaso entre tanto escándalo. Tallien arranca a Saint Just de la tribuna justo cuando Maximilien sube la escalerilla y grita: "Presidente de asesinos, ¿me vas a dar la palabra?". Entonces Tallien saca el puñal y lo pone contra el pecho de Robespierre. Garnier de l'Aube (o tal vez Legendre) lanza su célebre "la sangre de Danton te ahoga" y Robespierre le replica: "Quieren vengar a Danton... ¡Cobardes!, ¿por qué no lo defendieron antes?".

Couthon está en su silla de ruedas y ha perdido al gendarme o se lo han quitado. Al cabo de cinco horas de catarsis desesperada, un desconocido, Loiseau, se anima a pedir el arresto de Robespierre. Vencido, tal vez aliviado, Maximilien vuelve a mirar a un Saint Just extraviado y patético. Afuera llueve y nadie sabe que el Terror cambia de mano y de instrumento: la guillotina será abolida después de cobrarse 108 víctimas en Termidor. La nueva Convención prefiere los fusilamientos.

Fouquier-Tinville, el presidente de Tribunal Revolucionario, el hombre que ha enviado a la guillotina a varios miles de franceses, se entera de la caída de Robespierre a las cinco de la tarde, mientras come con un amigo. Su mundo se viene abajo. Se levanta sin despedirse, corre al Palacio de Justicia de la Isla de la Cité y luego de asegurarse que su jefe está vencido hace saber a la Convención que está dispuesto a cumplir todas las órdenes. Es claro: si antes guillotinó a los enemigos de la Revolución, ahora está dispuesto a decapitar a la Revolución para salvar su vida. Pero traiciona en vano: pocos días después le llegará su turno.

De mezquindades y miserias como ésa está hecho ese 9 Termidor; Barère, antes aliado de Robespierre, tenía en el bolsillo dos discursos preparados. Uno saludaba la victoria de la Virtud revolucionaria, el otro aplaudía la caída del tirano. Fouché, que veía a la reacción por todas partes, perseguirá revolucionarios hasta el fin de sus días, en 1814.

"La República está perdida", murmura Robespierre, tironeado por los gendarmes, abucheado por la sala. Cuando la Convención decreta el arresto del triunvirato (Maximilien, Couthon, Saint Just), el joven Le Bas y Agustín, el hermano menor de Robespierre, exigen correr la misma suerte que sus amigos. Se les concede el deseo fatal y son 22 los jacobinos sacrificados al día siguiente en la guillotina de Sanson.

En la cárcel del Luxemburgo no aceptan poner preso a Robespierre, de modo que los gendarmes lo llevan a la oficina de la policía. Agustín, Saint Just y Le Bas son conducidos por los aterrorizados gendarmes al Hotel de Ville (la municipalidad) para ponerlos bajo la protección de los comuneros.

LA COMUNA SE ACUESTA TEMPRANO

La Comuna de París puede salvarlos, pero el entusiasmo no es grande. Los obreros saben que el Incorruptible es responsable de los salarios congelados un mes antes, de la ejecución de Hebert, el líder de los rojos, de que el *enragé* Jacques Roux se haya suicidado para no ir al patíbulo. Pero el general Hanriot los subleva igual a las cinco y media de la tarde. Los *Sans culottes* toman las armas y llevan cañones al Hotel de Ville. Todos esperan la llegada de Robespierre, pero él duda, no quiere una revolución que lo dejaría en manos de los comuneros, contra la ley y el orden burgués.

Al anochecer, la Convención anterrorizada cree que Robespierre encabezará una pueblada y juega su última carta con un decreto que pone a los arrestados "fuera de la ley". Ese requisito evita el juicio del Tribunal Revolucionario de Fouquier-Tinville y los lleva derecho a la guillotina. Sólo que para eso hay que arrebatarlos del cuartel general de los *Sans culottes*, donde el Incorruptible ha llegado, por fin, a las diez y media de la noche, rendido a la evidencia de que no podrá defenderse en un proceso público. Allí está el general Hanriot, que había sido detenido por la Convención y luego liberado por los suyos. "El pueblo acaba de salvarme de las manos de una facción que quería terminar conmigo", dice Maximilien, agotado, pero no da la orden de pelear.

Couthon se une a Robespierre a medianoche, pero los dos han dudado demasiado, han mostrado a los obreros los límites de su fidelidad. A las dos de la mañana del 10 Termidor los *Sans culottes*, hartos de esperar una decisión, empiezan a retirarse de las puertas de la ciudad, abandonan los cañones que defienden la Place de Grève. Algunos se pasan con sus armas a la Convención para permanecer en la legalidad.

Barras, al frente de un ejército de burgueses asustados pero decididos, apura los acontecimientos: a las dos y media envía a su hombre, Bourdon, que invade el Hotel de Ville con un grupo de gendarmes exaltados al grito de "¡Viva Robespierre!", que desconcierta a la guardia.

Todo es exasperante, en esas últimas horas. Cuando por fin el Incorruptible decide firmar el llamado a las armas, Bourdon y sus gendarmes fuerzan la puerta e irrumpen en la sala. El sargento Morda —ése es su nombre—, dispara contra Robespierre (luego hará un libro con eso) y le destroza la mandíbula justo cuando el Incorruptible estaba empezando a firmar. Otra versión indica que Maximilien ha intentado el suicidio. Para la historia queda el tardío llamado a los comuneros, con las dos primeras letras "Ro...", escritas al pie del pergamino.

Le Bas se pega un tiro en la cabeza, Agustín se tira por la ventana, Couthon rueda por la escalera, Hanriot intenta escapar por un pasillo y lo hieren. Saint Just, que ha callado para siempre, se deja atrapar sin resistencia. Inconsciente, irreparablemente vencido, Robespierre es llevado a una antesala de la Convención como trofeo de guerra. Allí yace y se desangra sobre una mesa, mientras los cagatintas se ríen de él.

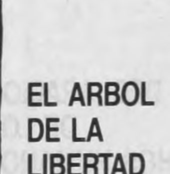
Dos días después, Collot d'Herbois escribe: "Si Robespierre, en lugar de entretenerse en el Hotel de Ville, hubiera marchado a la cabeza de ocho o diez mil hombres que cubrían la Place de Grève, y que junto a Couthon hubieran levantado al pueblo con sus discursos, estábamos perdidos. Pero la providencia lo quiso de otro modo".

El 10 Termidor son 22 los jacobinos que van a la guillotina; el primero en morir es Couthon, el penúltimo, Robespierre. A todos los tiran en la fosa común. La Revolución Francesa ha terminado. Los bustos de Marat son arrastrados por las calles; el club de los jacobinos, disuelto, y los simpatizantes de Robespierre perseguidos; los *Sans culottes* cazados como conejos. Los *fripons* y *Scélerats* que esperan la muerte, cantan y bailan. Lo que sigue es una comedia a la espera de un restaurador. Dispersos, aquí y allá, aparecen algunos malos versos de pena:

Ah, pobre pueblo; adiós siglo
[de oro!
Sólo te esperan hambre y miseria
Ya pasó el 9 Termidor
El día que inmolaron a
[Robespierre.

1789

1989



EL ARBOL DE LA LIBERTAD



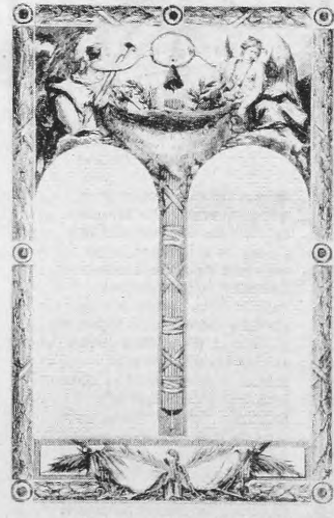
Algunos símbolos revolucionarios tuvieron una trascendencia limitada. Es lo que ocurrió con el árbol de la libertad; sin embargo, no fue por ello menos importante durante la Revolución. Inspirándose de la tradición de los "árboles de mayo", plantados para celebrar la llegada de la primavera, el árbol de la libertad es un claro ejemplo de esta politización del mundo de los signos simbólicos que es propio de la Revolución. Plantado al comienzo de la primavera de 1790, en un pueblo del valle del Ródano, el árbol de la libertad se extiende por toda Francia. Se calcula en sesenta mil el número de árboles plantados en honor de la libertad, decorados con cintas tricolores y gorros frigios.



1789

1989

DECLARACION DE LOS DERECHOS HUMANOS Y DEL CIUDADANO



Decretados por la Asamblea Nacional en las sesiones del 20, 21, 23, 24 y 26 de agosto de 1789, aceptados por el Rey

PREAMBULO

LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO FRANCES, constituidos en Asamblea Nacional, considerando que la ignorancia, el olvido y el desprecio de los derechos humanos son las únicas causas del infortunio público y de la corrupción de los Gobiernos, han resuelto exponer en una declaración solemne los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre, para que esta declaración, presente en todos los miembros del cuerpo social, les recuerde constantemente sus derechos y sus deberes para que los actos del Poder Legislativo y del Poder Ejecutivo, comparables en cualquier momento con la finalidad de toda institución política, sean mayormente respetados, a fin que las reivindicaciones de los ciudadanos, desde ahora fundadas en principios simples e incontestables, siempre tiendan al mantenimiento de la Constitución y al bienestar general.

Por consiguiente, la Asamblea Nacional reconoce y declara en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo, los siguientes derechos humanos y del ciudadano:



Francia está en revolución. Municipios, consejos de departamento y de región, ministerios, universidades, fundaciones y empresas públicas y privadas realizan la mayor conmemoración histórica que ha conocido nunca la Francia contemporánea, los doscientos años de la toma de la Bastilla y de la Declaración de los Derechos del Hombre, que marcan el inicio de la Revolución, la matriz de donde sale todo lo bueno y lo malo de la vida política de Francia y posiblemente de Europa y del mundo.

El año del inicio de la Revolución abrió un tormentoso proceso marcado por hitos definitivos para la historia francesa, como la instauración del régimen parlamentario, la República, la creación de los símbolos patrióticos (la bandera tricolor, el himno nacional *La Marsellesa* y Mariana personificación femenina y revolucionaria de la Nación), la división departamental, la propia aparición del concepto contemporáneo de nación, o la instalación en la vida política y la exportación a todo el planeta, entre otras muchas cosas, de los conceptos de derecha e izquierda.

Todo se ha confabulado para que éste sea el año de Francia, en el preciso momento en que los franceses parecen desear como nunca la superación de los clichés que la han definido como nación durante doscientos años: la división entre izquierda y derecha inaugurada en la Asamblea Nacional Revolucionaria o su relación polémica con Europa, iniciada con las guerras revolucionarias y las campañas napoleónicas.

Pero no todos los franceses se han confabulado para vitorear los avances realizados por la Revolución o para festejar el "objeto frío" e indiscutible que es la fundación de la Francia actual. En idénticas fechas se realizaron desagravios por la muerte de Luis XVI, condenado a muerte por la Asamblea Nacional y guillotinado, por las víctimas del Terror o por las matanzas de la guerra de La Vendée, en la que los ejércitos revolucionarios diezmaron poblaciones enteras del oeste francés, sublevado en favor de la monarquía tradicional y de la Iglesia.

LA DERECHA CRITICA

Buena parte del catolicismo integrista, de la extrema derecha clásica (monárquicos principalmente) y de la extrema derecha moderna de Jean-Marie Le Pen se sumaron a estas celebraciones contradictorias. Parte de la derecha mira incluso con recelo la deriva que puedan tomar las celebraciones revolucionarias. Las imágenes violentas de los años de la Revolución están íntimamente prendidas en el sentimentalismo francés y surgen como fantasmas en cualquier debate político.

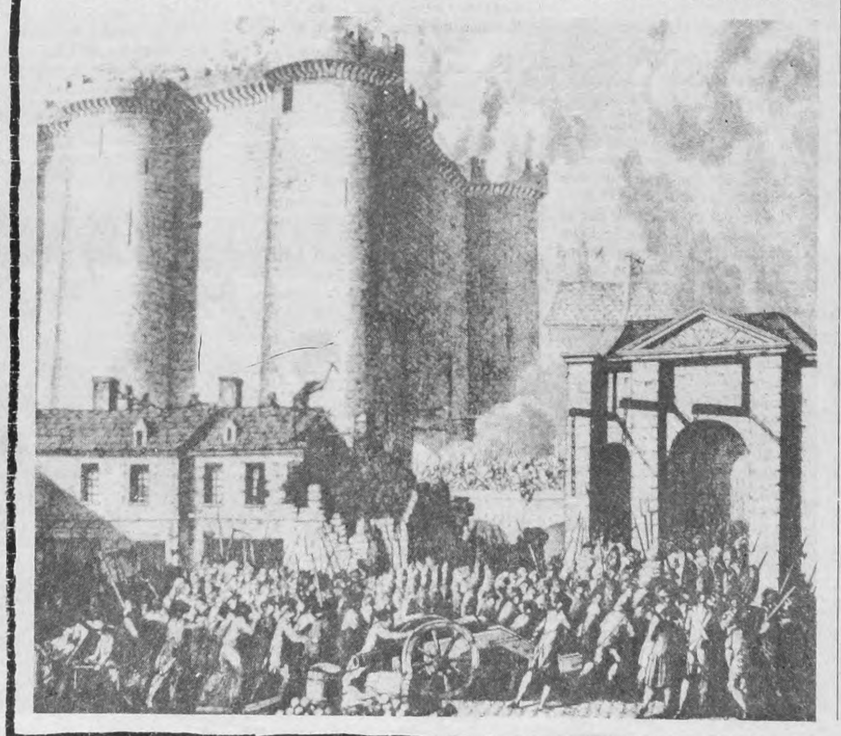
Si en el caso del Quinto Centenario del Descubrimiento de América las críticas tienen su origen en la izquierda, en el caso de la Revolución Francesa es la derecha la que proporciona el contrapunto crítico a los fastos de aniversario. Para el historiador Pierre Chaunu, el Sánchez Ferlosio del Bicentenario, que se define como liberal y conservador, la conmemoración "es una trampa para los historiadores". "Lleva a un terreno de investigación histórica superexplotado, a un desperdicio de créditos de investigación, a una pérdida de tiempo y de dinero enorme", dice.

Pero los motivos de fondo de su denuncia al desperdicio son muy otros. "La celebración es una idea verdaderamente ridícula. Se anunció ya en 1981, cuando llegó Mitterrand a la presidencia. Chirac aseguró que se celebraría 1789 y nada más. Ahora hay un ministro que lleva este nombre horroroso y totalitario de Cultura, Grandes Obras y Bicentenario, un secretario de Estado y un presidente de Misión y se habla de la década 1789-1799, en la que se incluye el Terror, la guerra civil y el genocidio. Todo esto es indecente, pues se celebra un período vergonzoso para la historia de Francia."

Chaunu, que se apasiona cuando habla de los tiempos pasados, explica que la política exterior de entonces era propia de imbéciles. "Francia fue en aquellos años la Alemania de Europa, con una política exterior detestable y agresiva. Los alemanes podrían celebrar algún día la llegada del hitlerismo al poder con la misma legitimidad." El historiador se pone brazos en jarras, como si fuera a arrancar cantando una jota, y clama con énfasis: "Siempre he dicho que estoy dispuesto a cantar la copla 'La Virgen del Pilar dice que no quiere ser francesa'".

La cuestión de fondo, para Chaunu, afecta a su filosofía de la historia, basada en sus ideas sobre la identidad milenaria de Francia. "Lo que cuenta es la construcción de generación en generación, y la Revolución es una ruptura, que supone la muerte para dos millones de personas. Para España, la Revolución Francesa supuso, además, la ruptura del proceso de modernización iniciado en la Ilustración, principalmente con Carlos III. Estoy contra el *gulag* y contra el genocidio nazi, pero estoy también contra el genocidio revolucionario en La Vendée. Los revolucionarios de la época del Terror no eran tan sólo asesinos, sino además ladrones. Celebremos la Revolución si queremos glorificar la historia entendida como conjunto de robos y rapiñas. Pero que no la celebren a costa del contribuyente."

Apenas hace siete años, el actual ministro socialista de Correos Paul Quilés dijo, en plástica encarnación de los héroes del terror: "Hace falta que caigan cabezas pero hay de decir urgentemente cuántas y cuáles". En 1986, el periodista y escritor también socialista Max Gallo entraba en el debate político del momento en un libro titulado "Carta abierta a Maximiliano Robespièrre", en la que reivindicaba a la figura máxima de la perversión revolucionaria, castigada hasta ahora al ostracismo celebratorio: ni una calle en París, una estación de metro en la alcaldía comunista



LA BAS

de Montreuil, una pequeñísima calle en su ciudad, Arrás, donde su casa natal no cuenta ni tan sólo con placa conmemorativa.

Por las mismas fechas, el entonces ministro de Cultura conservador François Léotard viajaba a La Vendée y, como Kennedy en Berlín, clamaba: "Yo también soy un vendeano", mientras su ministro delegado, Philippe de Viliers, presentaba un espectáculo de luz y sonido celebrando la resistencia de los insurrectos contra el despotismo revolucionario.

POLITICA E IMAGEN

El Bicentenario es, pues, un buen terreno de enfrentamiento político e incluso la prueba del nueve del proyecto de apertura de Mitterrand. Los franceses podrán gozar de un cierto "revival" ya conocido y casi permanente en su vida política, que les hace ver girondinos en los socialistas, jacobinos en los comunistas y monárquicos en la derecha, que permite identificar a Jacques Chirac con el bonapartismo o a los centristas con los orleanistas.

Pero otros combates políticos, menos ideológicos se desarrollarán o se han desarrollado bajo los oropeles declamatarios del Bicentenario. Nadie quiere celebrar las sombras de la Revolución (el Terror, la política expansionista, la guerra civil o las matanzas), pero todos quieren apuntarse el tanto de la fabulosa operación internacional de imagen que realiza Francia durante todo el año.

Hasta las elecciones presidenciales, Jacques Chirac quería copar las festividades desde su doble cargo de primer ministro y alcalde. Para ello preparó el protagonismo parisiense de la fiesta y ahogó económicamente las posibilidades de la presidencia de la República y de su Misión para el Bicentenario de la Revolución Francesa. A sus amigos más derechistas les aseguraba que éste era el sistema para evitar una capitalización política de la celebración y una exaltación de los episodios que duelen todavía a ciertos sectores conservadores, como es el caso de la condena a muerte de Luis XVI. Chirac aseguraba a sus amigos que todo terminaría en 1989 e insinuaba, en cambio, que si ganaba Mitterrand, habría celebración para diez años.

A pesar de las susceptibilidades, Chirac ha afirmado con motivo de los actos previos que "celebrar la Revolución Francesa es elevar un himno a unos ideales de alcance universal que han forjado definitivamente la unidad de Francia". Su partido, el RPR (ninguno de cuyos diputados votaría hoy en día la guillotina para el rey, según una encuesta periodística), tiene como doble emblema la cruz de Lorena del general De Gaulle y el gorro frigio que distinguió a los *sansculottes*, al bajo pueblo, protagonista radical de los años revolucionarios. Esta paradoja tiene su prolongación en el propio Frente Nacional, partido que utiliza sin reserva la bandera tricolor, creada,

TILLA DE 1989

POR LLUIS BASSETS,
especial de *El País*, desde París



precisamente durante el Terror, y canta *La Marsellesa*.

CELEBRAR LO POSITIVO

La Misión del Bicentenario tuvo unos medios escasísimos hasta hace solamente un año, como resultado de la política de Chirac. El presupuesto anual era de 13 millones de francos, que se han convertido, después de las elecciones, en 110 millones. Vinculada directamente a la presidencia de la República, la Misión se halló limitada y ahogada, en los dos años de *cohabitación*, pero se vio también asediada por la mala suerte.

Los dos primeros presidentes, el empresario Michel Baroin, destacada personalidad de la masonería francesa, y el veterano político Edgar Faure, fallecieron, uno en accidente de avión y otro, ya anciano, de enfermedad. La inestabilidad de la Misión ha creado retrasos, vicios de gestión y gastos inútiles. Una cierta sensación de caos rodeó la preparación de buena parte de la efemérides, hasta tal punto que uno de los organizadores de la conmemoración se ha atrevido a evocar, para justificarlo, al temible Saint-Just y a su frase "El desorden de hoy en día será el orden de mañana".

Sobre otro historiador, Jean-Noel Jeanneney, recayó finalmente la presidencia de la Misión. En su opinión "hay que celebrar todos los aspectos positivos de la Revolución, sin esconder, por supuesto, que ha existido el Terror, ni alegrarse por la guerra de La Vendée o por los ahogados de Nantes o la guillotina, que son hechos verdaderamente tristes. Hay que decir, sin embargo, que la guerra civil es el fruto desgraciado del forcejeo entre la Revolución y sus adversarios. No se puede admitir, en cambio, que el Terror o la guerra desprestigien totalmente a la Revolución y a sus resultados.. "

"Hay cosas que tienen todavía una enorme fuerza actual", añade, "empezando por la Declaración de los Derechos del Hombre, o el principio de no exclusión de los no católicos: los judíos y los protestantes. El sufragio universal, la separación entre Iglesia y Estado, el fin de la esclavitud —que por desgracia fue sólo provisional—, la libertad de conciencia, la actual división administrativa, todo eso son conquistas revolucionarias. En todo caso, queremos decir: He ahí lo que hicieron nuestros antepasados, con todos sus aciertos y errores".

Jeanneney, familia de solera política (hijo de ministro, nieto de presidente del Senado), quiere vacunarse también contra otros peligros que acechan la efeméride. "Hay que prestar atención a la vanidad y al orgullo franceses. No todo lo que aportó la Revolución es estrictamente francés. Por eso queremos privilegiar el marco internacional en que se produjo y hemos conseguido una gran participación internacional en los actos del Bicentenario."

GANAR DINERO

Pero la cara más festiva del desorden que rodea la conmemoración revolucionaria la ofrece la imaginación comercial que se ha desatado alrededor de los símbolos revolucionarios. La Misión del Bicentenario ha recibido propuestas de homologación para todo tipo de ideas peregrinas, desde juegos revolucionarios basados en la guillotina hasta preservativos revolucionarios, desde la recuperación del gorro frigio como prenda de vestir hasta propuestas de reconstrucción de una Bastilla asaltable por el público.

Hay sellos, monedas y un champaña del Bicentenario. Se inauguran monumentos y museos, esculturas definitivas y provocadoras instalaciones provisionales destinadas a celebrar el fasto. Se reproducen calles de París del XVIII y se representan obras revolucionarias y contrarrevolucionarias. Se conmemora la memoria de los grandes protagonistas de todos los bandos y de todas las ideologías, desde el oportunismo de Talleyrand hasta el purismo terrorista de Robespierre.

El logo de la celebración, tres palomas en vuelo con los colores de la bandera fue reproducido hasta el infinito en pegatinas, camisetas y calzoncillos. A la polémica entre hsitoriadores, a la trasposición política de los debates revolucionarios, se suma finalmente la feria comercial, en la que todos quieren sacar tajada y se diluyen, en la mayoría de los casos, las grandes causas y las grandes ideologías.

LOS TRES COLORES

El símbolo político depende de los acontecimientos, pero también es un soporte ideológico. Los tres colores de la Revolución están impregnados de esta doble significación. Según la versión que todos conocen, el 17 de julio, tres días después de la Toma de la Bastilla, Luis XVI es recibido en el ayuntamiento por el nuevo alcalde Bailly, y acepta colocar en su sombrero al lado de la escarapela blanca, distintivo del mundo real, una cinta azul y roja que representa los colores de la ciudad. Esta asociación de colores se populariza rápidamente, sacralizándose luego por el uso que hace de ellos la Guardia Nacional. La idea que representa este símbolo es la unión, la reconciliación de un pueblo con su rey.



DICCIONARIO DEL BICENTENARIO

ARTE: La Revolución fue también una revolución cultural. Hace un siglo se insistía en la cuestión del vandalismo revolucionario: Pero los revolucionarios, ¿fueron bárbaros o, por el contrario, fueron servidores consecuentes del Iluminismo? En este Bicentenario la cuestión se ha desplazado hacia el estudio, menos polémico, por cierto, de las técnicas artísticas puestas al servicio de aquellas nuevas revelaciones entre arte y política.

BABEUF: Organizador, en 1796, de una "conspiración de la igualdad", que reagrupó a los nostálgicos de 1793. Marx, en *La Sagrada Familia*, hizo de Babeuf uno de los ancestros del comunismo. En 1794 denunció las masacres perpetradas en Vendée y la política de la Convención por su criterio de despoblación destinado a adecuar, de un modo totalmente malthusiano, la cantidad de hombres al nivel de los recursos existentes. Ya entonces el tema del genocidio.



BASTILLA: Fortaleza edificada a partir de 1370, transformada en prisión por Richelieu. La monarquía encerraba allí a los que percibía como peligrosos: jansenistas, novelistas, enciclopedistas, libreros y otros libertinos. En julio de 1789, había en ella apenas siete prisioneros. El pueblo de Paris la tomó el 14 de julio para apropiarse de la harina que había almacenada. Para la historiografía de hoy el problema está en entender por qué este bastión menor pudo transformarse en símbolo de la victoria del pueblo sobre la tiranía.

BONAPARTE: O lo que va de Bonaparte a Napoleón. 1989 no ha sido un año-Napoleón. Si se lo juzga por la cantidad y el tipo de publicaciones, Bonaparte quedó más bien excluido de este Bicentenario. Es, más bien, el tiempo de sus opositores: Benjamin Constant, Madame de Staël, el de todos los que defendieron los valores de la democracia frente a los del régimen imperial. La pregunta sigue siendo: cuando Bonaparte tomó el poder, el 18 Brumario, ¿la República se salvó o fue asesinada?

CALENDARIO Si el calendario republicano estuviera todavía en vigencia, el año comenzaría el 1° Vendimiario, es decir, el 22 de setiembre de nuestro almanaque.

CIENCIAS: La Revolución también fue científica. De tres modos, por lo menos. En primer lugar, no puede ser concebida sin una cierta idea de la ciencia, que da cuerpo a los conceptos de razón y orden naturales. La *Revolución*, luego, moviliza a los sabios para la guerra o para la realización de reformas institucionales como el sistema métrico. La *Revolución*, por último, luego de Thermidor, se vuelve a ligar con el Iluminismo y crea instituciones de formación de las nuevas elites como las escuelas politécnicas y normales.

COLONIAS El artículo 1° de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano adoptada el 26 de agosto de 1789 afirma: "Los hombres nacen libres y e iguales ante la ley". Pero habrá que esperar al 16 Lluvioso del año II de la Revolución (4 de febrero de 1794) para que la Convención declare que "la esclavitud de los negros está abolida en todas las colonias". Hubo pues retraso (precariedad: Napoleón restableció la esclavitud en 1802) en hacer cumplir las tesis abolicionistas.

DANTON Danton fue el hombre del centenario, la encarnación de la Revolución opuesta a la de su verdugo, Robespièrre. Los historiadores parecen hoy haberse desinteresado del personaje.

DIARIOS: Se podría decir que la Revolución provocó en lo inmediato un increíble aumento en el consumo del papel. Es que reconocía como uno de los Derechos del Hombre a la libertad de prensa. La Revolución fue una época en la que, a lo mejor por primera vez, los periodistas pudieron tener casi tanta importancia como los hombres políticos.



LE VIEUX CORDELIER,

JOURNAL.

N°. XXVI.

L'AMI DU PEUPLE,

OU

LE PUBLICISTE PARISIEN,

LA COCARDE NATIONALE;

DIPUTADOS La Revolución inventó al diputado. Es decir: para algunos centenares de hombres hubo un nuevo modo de vida. Cuando la convocatoria a los Estados Generales, el 4 de mayo de 1789, mil doscientas personas convergieron sobre Versalles. Al poco tiempo acabaron en Paris, en el jardín de las Tullerías. La historia los conoció sobre todo por su propia oratoria. Hoy se los investiga también en su vida privada y cotidiana.

DERECHO La Revolución quería, ante todo, hablar por medio de la ley. Fue una inmensa máquina de producir derecho. En todos los dominios: civil, penal, comercial, social, administrativo, su actitud reformadora fue incesante. Fundamento del derecho moderno, el corpus de normas sancionado por la Revolución será consagrado por la codificación napoleónica.

DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO (declaración de los) Lejos, el texto más célebre de la Revolución, rápidamente denunciado por insuficiente, parcial, expresión de los intereses de una clase. Adoptado el 26 de agosto de 1789, para hacer de prefacio de la futura constitución, resistió finalmente los muchos proyectos que pretendieron suplantarlo.

ESTADOS UNIDOS Si, como sostiene la última historiografía liberal, la Revolución constituyó "el nacimiento de la democracia", hay que precisar: en Francia. Porque dos años antes ya había sido instituida en los Estados Unidos. ¿Qué relaciones hubo entre ambas revoluciones? Muchas, pero sobre todo hubo una constante: en ambos casos el proceso revolucionario acompañó la formación de una conciencia nacional. Por lo demás, los dos procesos, tanto por sus referencias filosóficas como por su naturaleza, permanecen incomparables.

FRATERNIDAD Tercer elemento de la divisa de la República y el último a la hora de ser recordado. Es también aquél cuyos orígenes permanecerán más misteriosos: se remontan tanto a la masonería como al cristianismo. El término, marcado por una gran ambivalencia, cambiará varias veces de sentido en el curso del proceso revolucionario. La Fratenidad designa en primer lugar la obligación moral de hacer del otro un hermano. Así, las fiestas nacionales no tendrían otro motivo que el de "mantener la Fraternidad". *Fraternidad* positiva e inclusiva entonces. Pero bajo el Terror, la *Fraternidad* volvió exclusiva: era la solidaridad de los revolucionarios ante los "traidores". Bajo el Consulado y el Imperio el término desaparecerá para ser luego recuperado por los reformadores socialistas.



GUILLOTINA Junto con la Bastilla, el símbolo de la Revolución. La Guillotina no fue una Invención del diputado y médico Guillotin sino una vieja máquina que en la Asamblea Constituyente él propuso adoptar para las ejecuciones.

IGLESIA Es tal vez en las relaciones atormentadas de la Revolución con la Iglesia y la religión que se ve mejor que en ningún otro terreno su carácter de revolución cultural. En la medida en que el proyecto revolucionario proponía una regeneración del hombre, iba a encontrar un enemigo en la religión católica, encargada hasta entonces de la educación moral y espiritual de la población. La primera laicización. De allí el movimiento de descristianización del año II, luego detenido por el mismo Robespièrre, que buscó sustituir la religión católica por una religión republicana del Ser Supremo.

IMAGENES El acento generalmente puesto sobre la elocuencia ha podido conducir a malconocer el rol que jugó la imagen en la Revolución. Se sabe que el *Brutus*, de David, prácticamente contemporáneo de la apertura de los Estados Generales, fue concebido a partir de una clara imaginería revolucionaria, a pesar de su decorado clásico. El viejo truco de la parábola. El vandalismo de los revolucionarios inclusive se explica por la importancia que la gente del pueblo le adjudicaba a los signos y a los símbolos del Antiguo Régimen.

PANICO (El gran) Misterioso movimiento de pánico que abrazó y atacó al mundo campesino entre fines de julio y comienzos de agosto de 1789 y que fue una de las principales causas del abandono de los privilegios sancionados la noche del 4 de agosto.

ROBESPIERRE El gran, gran ausente. El malo de la película del Bicentenario, totalmente consagrado al recuerdo de la Revolución de los Derechos del Hombre y no a la de la Convención y el Terror.





LA MARSELLESA Y LA INTERNACIONAL

POR MANUEL AZCARATE,
especial de *El País*, desde Madrid

Tuve ocasión de escuchar no hace mucho a una persona joven, de gran cultura y comunista entusiasta, más o menos lo siguiente: "La Revolución Francesa es cosa del siglo XVIII. En este siglo, el punto de partida es la revolución rusa de 1917". La reacción que me produjo esa idea —en otras épocas para mí de evidencia indiscutible— me ha ayudado a cuajar una serie de interrogantes que me rondan por la cabeza y que intentaré esbozar en las líneas siguientes.

Las palabras resumidas más arriba parten de la concepción básica de Marx sobre la marcha de la historia: cuando han madurado las condiciones objetivas, una nueva clase hace la revolución y transforma la sociedad. La burguesía lo hizo de un modo ejemplar con la Revolución Francesa, resolviendo el problema de las libertades políticas, de los derechos del hombre, del gobierno no representativo. Pero en el siglo XIX empiezan a madurar las condiciones para la revolución social, socialista, cuyo papel es acabar con la explotación económica capitalista, con las desigualdades entre las clases. Creo que esta idea ha ejercido una influencia decisiva en todos los movimientos surgidos del marxismo, en los partidos socialistas como en los comunistas.

Cuando se produce la revolución rusa en 1917 y la toma del poder por los bolcheviques el 7 de noviembre, no pasa inadvertida la contradicción inherente a que la revolución socialista se realice en un país tan atrasado como Rusia, con sólo unos meses, desde febrero, de revolución burguesa. Gamsci publica su famoso artículo *Revolución contra 'El Capital'*, es decir, en contra de lo previsto por Marx.

En su polémica con Kautski, Lenin no niega que exista esa contradicción. Su argumento es que si el proletariado podía tomar el poder debía hacerlo, y luego, desde el poder, crear aceleradamente las condiciones objetivas que faltaban en el punto de partida. La historia ha demostrado el fracaso de tal proyecto. Rusia ha sufrido hondas transformaciones y ha escrito la epopeya grandiosa de la guerra contra el hitlerismo. Pero hoy solamente



pequeñas minorías siguen creyendo que presenta un modelo de socialismo. En cierto modo, la historia se vengó de esa ilusión de acelerar artificialmente su ritmo. Con el stalinismo se impusieron, dentro de nuevas estructuras y en el marco conceptual de una doctrina que aspiraba a ser la más avanzada del mundo, los aspectos más nefastos del atraso y del autoritarismo ruso.

En el período histórico en que Marx elabora sus teorías se comprende perfectamente que el problema de una revolución distinta de la francesa, de una revolución económica para poner fin al capitalismo, se colocase en primer plano. Pero hoy, a finales del siglo XX, resulta dificilísimo seguir otorgando una validez general, universal, a esa barrera entre revolución política y revolución económica, entre libertad e igualdad —incluso oposición de una contra otra—, que ha caracterizado en gran medida el pensamiento marxista. Una serie de experiencias a lo largo del siglo XX aconsejan ponerla en duda.



El caso más obvio es el del fascismo. El retraso manifiesto que se produjo, tanto en los partidos socialistas como comunistas, en la comprensión de la amenaza que el fascismo representaba para la libertad fue consecuencia, en gran medida, de esa concepción que daba ya por resuelto ese problema en Europa. Fue corriente el argumento de que en Italia podía darse el fenómeno fascista por su retraso, porque era poco europea. El cambio se produjo en los años treinta: una vez que el triunfo de Hitler en Alemania se convirtió en una amenaza potencial para la URSS, los partidos comunistas, que propugnaban entonces la dictadura del proletariado, tomaron la lucha contra el fascismo como meta esencial, priorizando la defensa de unas libertades políticas que no estaban, ni mucho menos, en el centro de su programa. Pero ello no produjo ninguna reflexión revisionista sobre las tesis marxistas. La *novedad* se asumió solamente a nivel táctico. Recuerdo a este propósito unas palabras significativas que tuve ocasión de escuchar, en el París recién liberado de la ocupación alemana, a Jacques Duclos, el hombre que había dirigido en la clandestinidad al Partido Comunista Francés: "Ahora podremos realizar el socialismo, derrotar al capitalismo en nombre del antifascismo, ya que el gran capital ha colaborado con el fascismo". Tal fue uno de los argumentos para las nacionalizaciones de posguerra en Francia y en otros países. Pero ¿qué relación entre eso y el socialismo?

También creo que la colocación de la defensa de las libertades políticas como punto central en los programas de los partidos obreros después de la II Guerra Mundial —y en particular por parte de los partidos socialistas para diferenciarse de los comunistas— se hizo sobre todo a un nivel de táctica o pragmatismo político. Ha habido decisiones, más o menos solemnes, de partidos socialistas abandonando el marxismo como guía doctrinal, la crisis del marxismo es ya un lugar común, pero me parece que no se ha avanzado mucho en un *ajuste de cuentas teórico* para precisar los aspectos del marxismo que no ayudan a aproximarse a la realidad de finales del siglo XX.

Por otra parte, el tema de la relación entre revolución política y revolución económica rebrota en cierto modo con el carácter que están tomando los procesos de reforma en la URSS y en China. Son países que consideran haber realizado la revolución socialista desde hace mucho tiempo; en el caso de la URSS, desde 1917. En esos países es indudable que se ha llevado a cabo una transformación radical de las estructuras económicas y sociales. La propiedad capitalista ha sido liquidada. El Estado se ha convertido en propietario de los principales medios de producción y del sistema de crédito. El comercio exterior pasó bajo control estatal, etcétera. Dejando de lado las profundas diferencias entre los casos de China y la URSS —el carácter de este breve artículo obliga a una generalización excesiva y a dejar de lado aspectos esenciales para un juicio histórico—, llama la atención que, en un caso y otro, a partir de una necesidad imperativa de recuperar y dinamizar la economía, se haya planteado el problema de una reforma política, de promover la crítica y la libertad de expresión, de dar más autenticidad a las elecciones, de reconocer cierto pluralismo político. En suma, con unas u otras limitaciones, la cuestión de la democracia política. Explicar los pasos de liberalización política por la presión de Occidente es aminorar el problema real, mucho más profundo. La verdadera cuestión es que las mismas exigencias del desarrollo económico y tecnológico exigen niveles de libertades de pensamiento y expresión, de posibilidad para los hombres de contrastar opiniones, de debatir, de participar en breve de libertades políticas que esos regímenes han negado en una proporción muchísimo mayor que en las democracias occidentales.

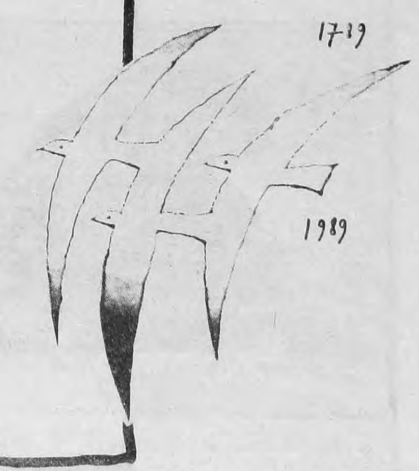
El problema de la libertad individual reaparece como exigencia del mismo desarrollo económico. Por eso hay más música de 1789 que de 1917 en aspectos decisivos de la reforma de Gorbachov. Pero si esas reformas —centradas hoy en superar un retraso histórico— siguen adelante, cabe suponer que aporten experiencias interesantes de cara al futuro.

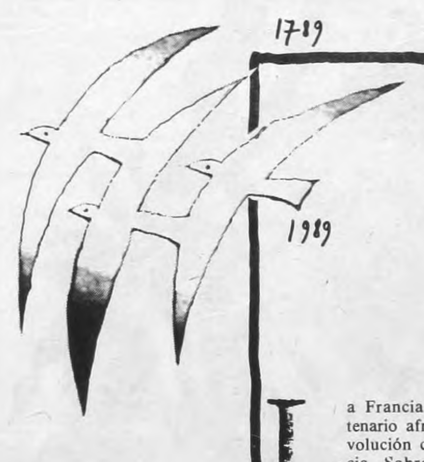


DE LA LIBERTAD A MARIANA

La Libertad, con sus atributos clásicos —el gorro frigio, el yugo roto, la pica, el haz—, ampliamente representada antes de la Revolución, desde 1789 toma una apariencia femenina marcial, conquistadora, agresiva contra el enemigo, correspondiendo a las reivindicaciones revolucionarias, aunque a menudo se la representa más serena, encarnando la imagen de un régimen que desea mostrarse pacífico y seguro de sí mismo. Es bajo esos trazos tranquilizadores que la libertad adquiere toda su gloria.

La III República la encontrará en ocasión del Centenario de la Revolución, momento clave de la confirmación republicana, con el nombre de Mariana, imponiéndose como la única representación oficial de Francia en cuadros, sellos, estatuas, bustos y escenografías patrióticas.





LA METAMORFOSIS DE MARIANA

POR ROSSANA ROSSANDA,
especial de *La Jornada*,
desde Roma

La Francia del Bicentenario afronta la Revolución con prudencia. Sobre la "grandeur" ha prevalecido la política, que pretende ver concluida la época de los hijos de Mariana, la del gorrio frigio. Así un nuevo símbolo oficial, un logo de Folón, ha sustituido al secular perfil de la joven *sans culotte:* un ideograma único y trino que, antes que a la tríada Libertad-Igualdad-Fraternidad o que al tricolor —el blanco del rey, el rojo de la sangre, el azul de París— recuerda a una bandada de aviones Mirage.

Pero éste es solamente un detalle. Una indigestión de '89 —celebraciones, fiestas, espectáculos, discursos releídos por la Comédie y una Bastilla de madera ofrecida el 14 de julio al jocoso asalto de los ciudadanos— disuadirá a quien quiera ir más allá de asomarse al incierto'90, a la Constitución del '91 al '92, que terminará con el regicidio, a los sangrientos '93 y '94, a la espiral que a partir de Termidor llevará a la dictadura de Napoleón en el '99. Quizás entonces *le génie* de Bonaparte inducirá a reunir las glorias y las miserias: hoy en cambio se las mantiene separadas. La Revolución buena de la mala, la de los Derechos del Hombre de la del Terror. No será pues en este 1989 que París extenderá la nomenclatura revolucionaria en sus calles, encontrando más allá de Danton una calle para Robespierre. Y si no se pueden borrar de la memoria las palabras *Liberté-Egalité-Fraternité*, se enseña que la primera es la única que todavía vale, que la segunda es su enemiga y que la tercera ha muerto de muerte natural.

Es el fin de la tradición republicana. Mariana, la del gorro frigio, ha sido apropiada por todos excepto por los ultramontanos de la aristocracia y por monseñor Léfèbvre. Las pasiones neoliberales y antijacobinas se aferran al cometa que tiene cabeza en el '89 para arrancarle su cola malvada: no todo es como para glorificar y ni siquiera para justificar. No sólo en cuanto a los medios sino tampoco en cuanto a los fines.

Hasta ahora, el eco más fuerte de la clásica lectura de izquierda se ha advertido en el mensaje del presidente a principio de año en el que retomaba, aunque sea blandamente, el tema maldito de la "revolución inconclusa". Pero esto no es más que una piedra en el camino. Con un giro de 180 grados, la cultura que domina el Bicentenario, sólidamente plantada en torno al historiador François Furet y al instituto Raymond Aron, está saldando cuentas con la tradición republicana, jacobina, radical-socialista o marxista y comunista. Y busca ajustar ideológicamente la distancia que debe separar al individuo de la cosa pública.

Desde el '89 hasta Termidor, este ciudadano no propietario forma en las ciudades una masa inquieta, suspendida entre el desempleo y los oficios destinados a desaparecer. Una figura social "demandante", exigente, en lucha, que en esa transformación general en curso es, asimismo, cuerpo en transformación. Esa masa se expresa a través del Tercer Estado y no casualmente lo divide: no alcanza para todos. Marx la llamará alternativamente masa de maniobra de la burguesía o proletariado; la nueva historiografía no la ve más. Sus dilemas son hoy solamente *instituciones electas / absolutismo.* La masa de actores populares desaparece porque no pertenece a la esfera de las ideas, es el "cuerpo" indistinto y violento de la Revolución, la sede de las necesidades arcaicas, pan y venganza, objeto no inocentemente amado por la historiografía marxistizante porque sustenta el futuro absolutismo de Estado.

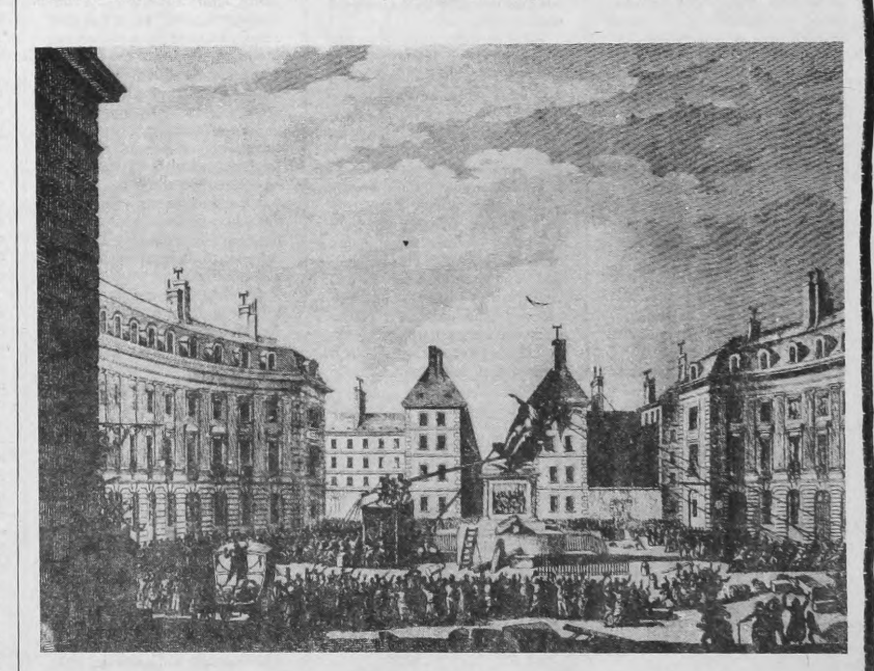
En definitiva, para un buen liberal es como si no existiera, por la misma razón que tampoco existen las mujeres: son un sexo que entra por primera vez en la política "en cuanto tal", esto debe admitirse, pero llega por un lado desprovisto de la multiplicidad de caracterizaciones sociales de propiedad o profesionales que, como hemos visto, diseñaban la identidad inclusive para los jacobinos, y por otro lado, reclamando derechos, aliándose a esta o aquella facción.

Las mujeres se vuelven cuerpo opaco, realmente invisible, como si el hecho de que una mitad del país accediera a la política fuera indiferente, en tanto se limitaba a acceder al pensamiento político ya dado. No será éste el último resultado de la desaparición de lo social y de la negación de la escuela marxista en nombre de una autonomía de lo político.

Este es el esquema dominante en la interpretación del Bicentenario: entre el '89 y el '95 hubo un laboratorio de ideas referentes a los derechos del individuo propietario y al Estado moderno como balanza de poderes. Se entiende así por qué se hurga en "cómo terminar con la Revolución", es decir con todo aquello que, traspasando estos márgenes, no constituye objeto de la *historia como filosofía,* sino que es enfermedad, fiebre, residuo o fantasma.

Naturalmente es curioso que en el balance final de esa *revolución cumplida* de tal manera de no tener que ir nunca más allá, no sólo la Fraternidad resulte accidental y la Igualdad definitivamente desastrosa, sino que la propia Libertad, anclada al individuo, haya sido fuertemente reducida.

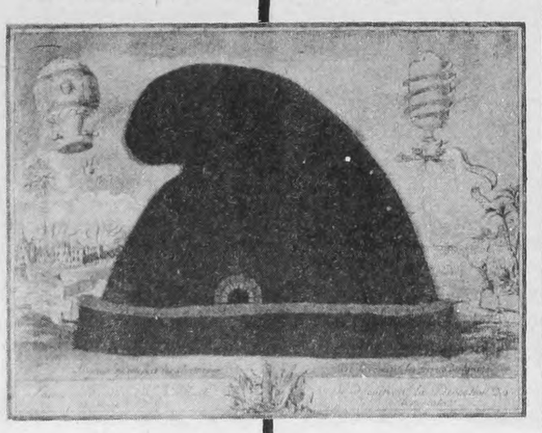
La Revolución Francesa se transforma en un fascinante aunque sangriento laboratorio de la teoría de las elites políticas. Respecto de cuya importancia las tres famosas palabras se revelan poco manejables, flashes de la Utopía, imaginario del sujeto social inculto. Quizás ni siquiera Tocqueville estaría de acuerdo con Furet.





EL GORRO FRIGIO

El gorro rojo es el símbolo más destacado y recordado de la Revolución Francesa. Herencia de una iconografía clásica y símbolo de la rebelión moderna, el gorro de la libertad marca el nacimiento del Estado francés republicano. Iluminismo y Revolución de Mayo mediante, el gorro frigio también integra la simbología patriótica nacional.



PARA SEGUIR LEYENDO

Por supuesto, el Bicentenario de la Revolución Francesa no convocó la ola de discusiones ni de debates que provocó tanto en el lejano París como en los no menos lejanos tiempos del virreinato. Sin embargo, aquí hubo algunos audaces que se animaron a lanzar títulos ineludibles a la hora de discutir las nociones siempre polémicas de revolución, democracia, Estado o república. Lo más valioso fue lo de la Editorial Javier Vergara que lanzó una colección con títulos tales como *Robespierre, el primer revolucionario,* de David P. Jordán. *Querida María Antonieta* de Jean Chalon, *La Revolución Francesa* de Georges Rudé, *Los hombres de la Revolución de Louis Madelaine y Napoleón* de Vincent Cronin. La editorial Contrapunto, en coedición con Messidor y La Farandole de París lanzó un libro de excelente impresión y relativamente barato, con profusión de ilustraciones titulado *La Revolución Francesa... creadora de sueños.* Fraterna en cambio prefirió la lectura reformista de izquierda y distribuyó *El socialismo en la Revolución Francesa* de Vanesa Montacuto Chaminaud, discípula del venerable Albert Soboul, cuyo ineludible *La Revolución Francesa,* un clásico sobre el tema, se consigue en la Argentina en edición de Grijalbo. Más modesta, pero más útil para los especialistas y/o curiosos resulta la compilación de referencias bibliográficas de Héctor Ciocchini, José Burucúa y Omar Bagnoli que editó Biblos, algo así como una guía para saber dónde ir a buscar lo que a uno le interesa saber sobre la Revolución pero temía preguntar.



1789

1989

DECLARACION DE LOS DERECHOS HUMANOS Y DEL CIUDADANO



Decretados por la Asamblea Nacional en las sesiones del 20, 21, 23, 24 y 26 de agosto de 1789, aceptados por el Rey

PREAMBULO

LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO FRANCES, constituidos en Asamblea Nacional, considerando que la ignorancia, el olvido y el desprecio de los derechos humanos son las únicas causas del infortunio público y de la corrupción de los Gobiernos, han resuelto exponer en una declaración solemne los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre, para que esta declaración, presente en todos los miembros del cuerpo social, les recuerde constantemente sus derechos y sus deberes para que los actos del Poder Legislativo y del Poder Ejecutivo, comparables en cualquier momento con la finalidad de toda institución política, sean mayormente respetados, a fin que las reivindicaciones de los ciudadanos, desde ahora fundadas en principios simples e incontestables, siempre tiendan al mantenimiento de la Constitución y al bienestar general.

Por consiguiente, la Asamblea Nacional reconoce y declara en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo, los siguientes derechos humanos y del ciudadano:



LA BASTILLA DE 1989

POR LLUIS BASSETS,
especial de *El País*, desde París

Francia está en revolución. Municipios, consejos de departamento y de región, ministerios, universidades, fundaciones y empresas públicas y privadas realizan la mayor conmemoración histórica que ha conocido nunca la Francia contemporánea, los doscientos años de la toma de la Bastilla y de la Declaración de los Derechos del Hombre, que marcan el inicio de la Revolución, la matriz de donde sale todo lo bueno y lo malo de la vida política de Francia y posiblemente de Europa y del mundo.

El año del inicio de la Revolución abrió un tormentoso proceso marcado por hitos definitivos para la historia francesa, como la instauración del régimen parlamentario, la República, la creación de los símbolos patrióticos (la bandera tricolor, el himno nacional *La Marsellesa* y Mariana personificación femenina y revolucionaria de la Nación), la división departamental, la propia aparición del concepto contemporáneo de nación, o la instalación en la vida política y la exportación a todo el planeta, entre otras muchas cosas, de los conceptos de derecha e izquierda.

Todo se ha confabulado para que éste sea el año de Francia, en el preciso momento en que los franceses parecen desear como nunca la superación de los clichés que la han definido como nación durante doscientos años: la división entre izquierda y derecha inaugurada en la Asamblea Nacional Revolucionaria o su relación polémica con Europa, iniciada con las guerras revolucionarias y las campañas napoleónicas.

Pero no todos los franceses se han confabulado para vitorear los avances realizados por la Revolución o para festejar el "objeto frío" e indiscutible que es la fundación de la Francia actual. En idénticas fechas se realizaron desagravios por la muerte de Luis XVI, condenado a muerte por la Asamblea Nacional y guillotinado, por las víctimas del Terror o por las matanzas de la guerra de La Vendée, en la que los ejércitos revolucionarios diezmaron poblaciones enteras del oeste francés, sublevado en favor de la monarquía tradicional y de la Iglesia.

LA DERECHA CRITICA

Buena parte del catolicismo integrista, de la extrema derecha clásica (monárquicos principalmente) y de la extrema derecha moderna de Jean-Marie Le Pen se sumaron a estas celebraciones contradictorias. Parte de la derecha mira incluso con recelo la deriva que puedan tomar las celebraciones revolucionarias. Las imágenes violentas de los años de la Revolución están íntimamente prendidas en el sentimentalismo francés y surgen como fantasmas en cualquier debate político.

Si en el caso del Quinto Centenario del Descubrimiento de América las críticas tienen su origen en la izquierda, en el caso de la Revolución Francesa es la derecha la que proporciona el contrapunto crítico a los fastos de aniversario. Para el historiador Pierre Chaunu, el Sánchez Ferlosio del Bicentenario, que se define como liberal y conservador, la conmemoración "es una trampa para los historiadores". "Lleva a un terreno de investigación histórica superexplotado, a un desperdicio de créditos de investigación, a una pérdida de tiempo y de dinero enorme", dice.

Pero los motivos de fondo de su denuncia al deperdicio son muy otros. "La celebración es una idea verdaderamente ridícula. Se anunció ya en 1981, cuando llegó Mitterrand a la presidencia. Chirac aseguró que se celebraría 1789 y nada más. Ahora hay un ministro que lleva este nombre horroroso y totalitario de Cultura, Grandes Obras y Bicentenario, un secretario de Estado y un presidente de Misión y se habla de la década 1789-1799, en la que se incluye el Terror, la guerra civil y el genocidio. Todo esto es indecente, pues se celebra un período vergonzoso para la historia de Francia."

Chaunu, que se apasiona cuando habla de los tiempos pasados, explica que la política exterior de entonces era propia de imbéciles. "Francia fue en aquellos años la Alemania de Europa, con una política exterior detestable y agresiva. Los alemanes podrían celebrar algún día la llegada del hitlerismo al poder con la misma legitimidad." El historiador se pone brazos en jarras, como si fuera a arrancar cantando una jota, y clama con énfasis: "Siempre he dicho que estoy dispuesto a cantar la copla 'La Virgen del Pilar dice que no quiere ser francesa'".

La cuestión de fondo, para Chaunu, afecta a su filosofía de la historia, basada en sus ideas sobre la identidad milenaria de Francia. "Lo que cuenta es la construcción de generación en generación, y la Revolución es una ruptura, que supone la muerte para dos millones de personas. Para España, la Revolución Francesa supuso, además, la ruptura del proceso de modernización iniciado en la Ilustración, principalmente con Carlos III. Estoy contra el *gulag* y contra el genocidio nazi, pero estoy también contra el genocidio revolucionario en La Vendée. Los revolucionarios de la época del Terror no eran tan sólo asesinos, sino además ladrones. Celebremos la Revolución si queremos glorificar la historia entendida como conjunto de robos y rapiñas. Pero que no la celebren a costa del contribuyente."

Apenas hace siete años, el actual ministro socialista de Correos Paul Quilés dijo, en plástica encarnación de los héroes del terror: "Hace falta que caigan cabezas pero hay de decir urgentemente cuántas y cuáles". En 1986, el periodista y escritor también socialista Max Gallo entraba en el debate político del momento en un libro titulado "Carta abierta a Maximiliano Robespièrre", en la que reivindicaba a la figura máxima de la perversión revolucionaria, castigada hasta ahora al ostracismo celebratorio: ni una calle en París, una estación de metro en la alcaldía comunista de Montreuil, una pequeñísima calle en su ciudad, Arrás, donde su casa natal no cuenta ni tan sólo con placa conmemorativa.

Por las mismas fechas, el entonces ministro de Cultura conservador François Léotard viajaba a La Vendée y, como Kennedy en Berlín, clamaba: "Yo también soy un vendeano", mientras su ministro delegado, Philippe de Viliers, presentaba un espectáculo de luz y sonido celebrando la resistencia de los insurrectos contra el despotismo revolucionario.

POLITICA E IMAGEN

El Bicentenario es, pues, un buen terreno de enfrentamiento político e incluso la prueba del nueve del proyecto de apertura de Mitterrand. Los franceses podrán gozar de un cierto "revival" ya conocido y casi permanente en su vida política, que les hace ver girondinos en los socialistas, jacobinos en los comunistas y monárquicos en la derecha, que permite identificar a Jacques Chirac con el bonapartismo o a los centristas con los orleanistas.

Pero otros combates políticos, menos ideológicos se desarrollarán o se han desarrollado bajo los oropeles declamatarios del Bicentenario. Nadie quiere celebrar las sombras de la Revolución (el Terror, la política expansionista, la guerra civil o las matanzas), pero todos quieren apuntarse el tanto de la fabulosa operación internacional de imagen que realiza Francia durante todo el año.

Hasta las elecciones presidenciales, Jacques Chirac quería copar las festividades desde su doble cargo de primer ministro y alcalde. Para ello preparó el protagonismo parisiense de la fiesta y ahogó económicamente las posibilidades de la presidencia de la República y de su Misión para el Bicentenario de la Revolución Francesa. A sus amigos más derechistas les aseguraba que éste era el sistema para evitar una capitalización política de la celebración y una exaltación de los episodios que duelen todavía a ciertos sectores conservadores, como es el caso de la condena a muerte de Luis XVI. Chirac aseguraba a sus amigos que todo terminaría en 1989 e insinuaba, en cambio, que si ganaba Mitterrand, habría celebración para diez años.

A pesar de las susceptibilidades, Chirac ha afirmado con motivo de los actos previos que "celebrar la Revolución Francesa es elevar un himno a unos ideales de alcance universal que han forjado definitivamente la unidad de Francia". Su partido, el RPR (ninguno de cuyos diputados votaría hoy en día la guillotina para el rey, según una encuesta periodística), tiene como doble emblema la cruz de Lorena del general De Gaulle y el gorro frigio que distinguió a los *sansculottes*, al bajo pueblo, protagonista radical de los años revolucionarios. Esta paradoja tiene su prolongación en el propio Frente Nacional, partido que utiliza sin reserva la bandera tricolor, creada, precisamente durante el Terror, y canta *La Marsellesa*.



CELEBRAR LO POSITIVO

La Misión del Bicentenario tuvo unos medios escasísimos hasta hace solamente un año, como resultado de la política de Chirac. El presupuesto anual era de 13 millones de francos, que se han convertido, después de las elecciones, en 110 millones. Vinculada directamente a la presidencia de la República, la Misión se halló limitada y ahogada, en los dos años de *cohabitación*, pero se vio también asediada por la mala suerte.

Los dos primeros presidentes, el empresario Michel Baroin, destacada personalidad de la masonería francesa, y el veterano político Edgar Faure, fallecieron, uno en accidente de avión y otro, ya anciano, de enfermedad. La inestabilidad de la Misión ha creado retrasos, vicios de gestión y gastos inútiles. Una cierta sensación de caos rodeó la preparación de buena parte de la efemérides, hasta tal punto que uno de los organizadores de la conmemoración se ha atrevido a evocar, para justificarlo, al temible Saint-Just y a su frase "El desorden de hoy en día será el orden de mañana".

Sobre otro historiador, Jean-Noel Jeanneney, recayó finalmente la presidencia de la Misión. En su opinión "hay que celebrar todos los aspectos positivos de la Revolución, sin esconder, por supuesto, que ha existido el Terror, ni alegrarse por la guerra de La Vendée o por los ahogados de Nantes o la guillotina, que son hechos verdaderamente tristes. Hay que decir, sin embargo, que la guerra civil es el fruto desgraciado del forcejeo entre la Revolución y sus adversarios. No se puede admitir, en cambio, que el Terror o la guerra desprestigien totalmente a la Revolución y a sus resultados.."

"Hay cosas que tienen todavía una enorme fuerza actual", añade, "empezando por la Declaración de los Derechos del Hombre, o el principio de no exclusión de los no católicos: los judíos y los protestantes. El sufragio universal, la separación entre Iglesia y Estado, el fin de la esclavitud —que por desgracia fue sólo provisional—, la libertad de conciencia, la actual división administrativa, todo eso son conquistas revolucionarias. En todo caso, queremos decir: He ahí lo que hicieron nuestros antepasados, con todos sus aciertos y errores".

Jeanneney, familia de solera política (hijo de ministro, nieto de presidente del Senado), quiere vacunarse también contra otros peligros que acechan la efemérides. "Hay que prestar atención a la vanidad y al orgullo franceses. No todo lo que aportó la Revolución es estrictamente francés. Por eso queremos privilegiar el marco internacional en que se produjo y hemos conseguido una gran participación internacional en los actos del Bicentenario."

GANAR DINERO

Pero la cara más festiva del desorden que rodea la conmemoración revolucionaria la ofrece la imaginación comercial que se ha desatado alrededor de los símbolos revolucionarios. La Misión del Bicentenario ha recibido propuestas de homologación para todo tipo de ideas peregrinas, desde juegos revolucionarios basados en la guillotina hasta preservativos revolucionarios, desde la recuperación del gorro frigio como prenda de vestir hasta propuestas de reconstrucción de una Bastilla asaltable por el público.

Hay sellos, monedas y un champaña del Bicentenario. Se inauguran monumentos y museos, esculturas definitivas y provocadoras instalaciones provisionales destinadas a celebrar el fasto. Se reproducen calles de París del XVIII y se representan obras revolucionarias y contrarrevolucionarias. Se conmemora la memoria de los grandes protagonistas de todos los bandos y de todas las ideologías, desde el oportunismo de Talleyrand hasta el purismo terrorista de Robespierre.

El logo de la celebración, tres palomas en vuelo con los colores de la bandera fue reproducido hasta el infinito en pegatinas, camisetas y calzoncillos. A la polémica entre hsitoriadores, a la trasposición política de los debates revolucionarios, se suma finalmente la feria comercial, en la que todos quieren sacar tajada y se diluyen, en la mayoría de los casos, las grandes causas y las grandes ideologías.

LOS TRES COLORES



El símbolo político depende de los acontecimientos, pero también es un soporte ideológico. Los tres colores de la Revolución están impregnados de esta doble significación. Según la versión que todos conocen, el 17 de julio, tres días después de la Toma de la Bastilla, Luis XVI es recibido en el ayuntamiento por el nuevo alcalde Bailly, y acepta colocar en su sombreru al lado de la escarapela blanca, distintivo del mando real, una cinta azul y roja que representa los colores de la ciudad. Esta asociación de colores se populariza rápidamente, sacralizándose luego por el uso que hace de ellos la Guardia Nacional. La idea que representa este símbolo es la unión, la reconciliación de un pueblo con su rey.

